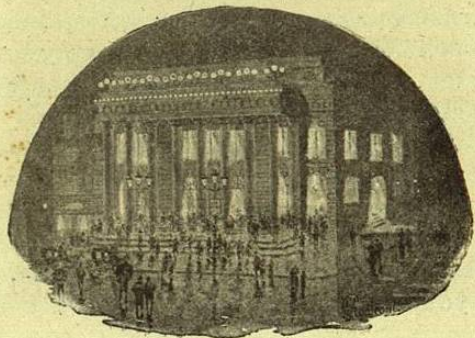


A pesar de la emoción, á pesar de los bravos, sentíame presa de un indecible sentimiento de vergüenza y de turbación. Bocanadas de calor, ardientes sonrojos, me subían á las mejillas. Parecíame que todo aquel público de Carnaval me estaba embromando y debía conocerme. Sudando, sufriendo, loco, enmendaba los gestos y los ademanes á los actores. Hubiera querido hacerles andar más de prisa, hablar más de prisa, suprimir escenas para que mi suplicio terminase antes. ¡Qué satisfacción cuando cayó el telón y me escapé arrimado á las paredes, con el cuello del abrigo alzado, huyendo como un ladrón!



ENRIQUE ROCHEFORT

En 1859 conocí á un buen muchacho, empleadillo en las oficinas del Ayuntamiento. Se llamaba Enrique Rochefort; pero este nombre entonces no decía nada. Rochefort hacía una vida modesta y muy arreglada, habitando con sus padres en la antigua calle de Deux-Boules, cerca de su oficina, en aquel bullicioso barrio de San Dionisio, invadido



por el comercio y el artículo de París; con sus casas llenas de tiendas, cubiertas de arriba abajo de muestras y de letreros, de planchas con inscripciones colgadas en las puertas: *Plumas y flores, Joyas falsas, Perlas de imitación*; talleres en todos los pisos; un ruido continuo de trabajo, que desciende de las ventanas á la calle; camiones que se cargan; paquetes que se atan; dependientes que corren con la pluma detrás de la oreja; una obrera que pasa, con una anguarina; y, de trecho en trecho, algún magnífico hotel, transformado en almacenes ó depósito, cuyos blasones y esculturas llevan la imaginación á los tiempos pasados, y hacen pensar en lacayos enriquecidos, en financieros adinerados: en el conde de Horn, en el Regente, en Law, en Mississipi, en Système; en la época, en fin, en que por aquellas calles, hoy mercantiles y burguesas, subían y bajaban en una hora las más inverosímiles fortunas, al flujo y reflujo de la fiebre y del oro, que salía con impasibilidad de la marea, de esa estrecha hendidura, muy próxima, que se llama todavía la calle de Quincampoix.

Mi amigo Rochefort se parecía un poco á su calle, y despreciaba su pasado. Se sabía que era noble, hijo de un conde; pero él parecía ignorarlo, y se dejaba llamar Rochefort á secas. Aquella sencillez *yankee* no dejaba de impresionarme á mí, que hacía poco tiempo que había llegado de nuestras vanidosas provincias legitimistas del Mediodía.

El Sr. de Rochefort, padre, pertenecía á aquella generación de jóvenes de 1830, cuyo porvenir y cuya carrera destruyó la revolución de Julio: generación particularmente amable y de ingenio, que conservaba algo así como un perfume del antiguo régimen en la atmósfera del reinado de Luis Felipe, enfurruñada con la realeza menor, sin estarlo, sin embargo, con Francia, partidaria de la rama mayor, pero que comprendía perfectamente que era imposible toda restauración, y, por lo tanto, que no había para qué echar sobre su realismo escéptico y desinteresado la menor sombra de fanatismo. Mientras unos se divertían en bombardear las Tullerías con tapones de botellas de Champagne, ó protestaban con-



tra la sencillez de las costumbres burguesas, bajando con estrépito, entre los gritos de las máscaras y el ruido de los cascabeles, por la legendaria Courtille, otros, menos salvajes ó más pobres, procuraban crearse, por medio del trabajo, los recursos que ya no podían esperar de los favores de la realeza.

Eso hizo el Sr. de Lauzanne, á quien veíamos por allí siempre sonriente y de buen humor, siempre saludable y fuerte, á pesar de su avanzada edad, siempre noble, á pesar de su oficio de zarzuelero y del apodo de tío Lauzanne que le había puesto la familiaridad cariñosa de sus cofrades; eso debió hacer el padre de Rochefort, muy metido, allá en sus tiempos, con la bulliciosa juventud legitimista, y amigo particular del ex guardia de Corps *Choca*.

Cuando llegaron los malos tiempos, el padre de Rochefort, lo mismo que Lauzanne, recordó el camino del teatro, tan frecuentado por él en persecución de aventuras, y volvió; pero entonces fué para vivir de él. Todo aficionado lleva dentro de sí á un autor, y es fácil reco-

rrer la distancia que separa al que aplaude obras y al que intenta escribirlas. El señor de Rochefort-Luçay, pues, escribió para el teatro, y se hizo zarzuelero.



Estos pormenores no huelgan, porque pueden servir para darnos idea de lo que fué la infancia de Rochefort. Infancia curiosa, característica, muy pari-



siense; que transcurrió entre el Instituto de segunda enseñanza y esa sociedad de la gente de teatro, más patriarcal de lo que se cree; esos cafés de autores y actores, adonde su padre le llevaba los domingos, y en los cuales se oyen, en vez de los brindis de orgía y de crápula con que sueñan los provincianos, el ruidillo seco de los dados, ó las fichas meneadas sobre el mármol de la mesa, por los jugadores de *jacquet* ó de dominó.

Rocheftort, pues, fué uno de esos colegiales, hijo de artista ó literato, cuyo tipo hemos conocido todos, iniciado desde la infancia en los secretos de bastidores, que llaman á los actores célebres por su nombre de pila, que están al corriente de las obras nuevas, que regalan á hurtadillas billetes de favor á su pasante para adquirir así el privilegio de lucubrar impunemente en el fondo de su pupitre, entre un lagarto prisionero y una pipa, un montón de obras dramáticas ó de otras obras que se dan los domingos, con el kepis echado á un lado y el corazón latiendo de un modo capaz de hacer saltar los botones de la levita de unifor-

mé, ó los buzones de los periódicos, que nunca están abiertos, ó á los burlones porteros de los teatros.

El porvenir de esos colegiales se conoce anticipadamente: á los veinte años ingresan en una administración cualquiera, en un Ministerio, ó en las oficinas municipales, y continúan haciendo literatura subterránea en el fondo del pupitre de empleado, como lo hacía en el del pupitre de colegial, ocultándose de sus jefes como se ocultaban de sus profesores. Rocheftort no escapó á la regla general. Después de haber tanteado la alta literatura, y de haber mandado infructuosamente á todos los concursos poéticos de Francia no sé cuántos sonetos y cuántas odas, cuando yo le conocí, empleaba la pluma y el papel del Ayuntamiento de París en escribir pequeñas revistas teatrales para el *Charivari*, que por entonces renovaba su redacción, y procuraba inyectarse una sangre más juvenil.

Aunque no podía yo adivinar lo que llegaría á ser Rocheftort, su fisonomía me interesó desde luego. Evidentemente

UNIVERSIDAD DE NIZA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MENSA"  
Año. 1988 MONTPELLIER, FRANCE



no era la de un cualquiera, para acomodarse mucho tiempo á la vida de empleado, arreglada por el ir y venir de las horas de oficina, como lo está el tic-tac desesperante de un reloj de cuco. Ya conocéis esa extraña cabeza, que era entonces, lo mismo que ha sido después; esos cabellos que parecen las llamaredas que se desprenden de una ponchera, sobre una frente demasiado espaciosa, á un mismo tiempo caja de jaquecas y depósito de entusiasmo; esos ojos, negros y brillantes, que relucen en la oscuridad; esa nariz, seca y recta; esa boca, de amarga expresión; en fin, toda esa cara, alargada por una perilla cortada en punta, que hace pensar en un D. Quijote escéptico, ó en un Mefistófeles que fuera de carácter dulce. Era muy delgado; usaba un demonio de frac negro, demasiado estrecho, y tenía la costumbre de llevar siempre las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Costumbre deplorable que le hacía parecer más delgado aún de lo que era, porque abultaba terriblemente las angulosidades de los codos y los extremos de los hombros.

Era generoso y buen compañero, capaz de los mayores sacrificios; y bajo cierta apariencia fría, nervioso y fácilmente irascible. Un día tuvo, á consecuencia de no sé qué artículo, un lance de honor con el director del periódico *Le Gaulois*. El *Gaulois* de entonces (porque el título de un periódico en Francia tiene más encarnaciones que Buda, y pasa por más manos que la prometida del rey de Garbe); el *Gaulois* de entonces era una de esas efímeras hojas de col como otras tantas que crecen entre los adoquines en las cercanías de los cafés de teatro y de las cervecerías donde se reúnen los escritores y artistas.

Su director, hombrecillo bajo, alegre, de ingenio, colorado y regordete, se llamaba Delvaille, si no recuerdo mal, y firmaba Delbrecht, sin duda porque le parecía más bonito ese apellido. Delvaille ó Delbrecht, como queráis, había provocado á Rochefort. Rochefort quería que el duelo fuese á pistola, no porque fuese tirador notable, sino porque alguna vez en las ferias había ganado algunos almendrados haciendo blan-



cos; por lo que toca á la espada, no recordaba haberla visto jamás, ni de cerca ni de lejos. Delvaille, en su cualidad de ofendido, tenía la elección de armas, y escogió la espada.

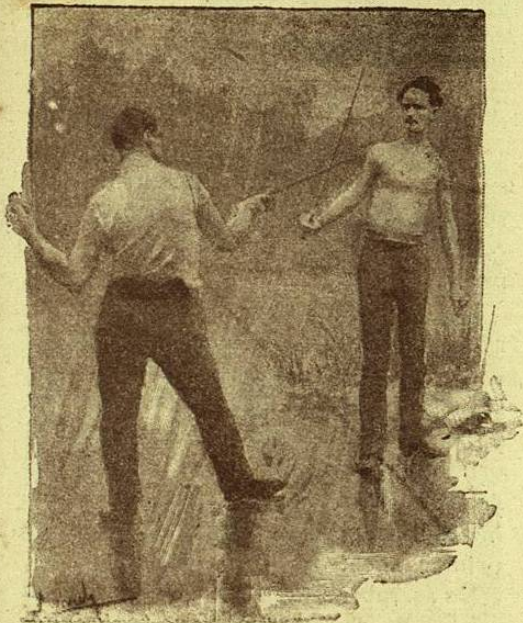
—Bueno, dijo Rochefort, me batiré á espada.

Se ensayó el duelo en casa de Pedro Veron. Rochefort se resignaba á que lo mataran, pero no podía consentir ponerse en ridículo. Veron llamó á su casa á un pobre diablo, sargento mayor de zuavos, inutilizado en Solferino, y muy experto en saludos, ademanes y otros buenos modales de moda en las salas de armas y en los cuartos de banderas:

—«Después de usted... No por cierto... Por ser obediente... Empezee usted, caballero.»

Al cabo de diez minutos de esgrima, Rochefort podía brillar por su graciosa actitud con el más bigotudo Ramée. Los dos paladines tuvieron el encuentro al otro día, entre París y Versalles, en ese delicioso bosque de Chaville, que tanto conocemos por ir allí los domingos á entretener el tiempo menos belicosamente.

Caía aquella mañana una lluvia menuda y fría, que hacía burbujillas en el estanque y velaba con ligera neblina el



círculo verde formado por las colinas, la pendiente de un sembrado y los rojizos desprendimientos de un arenal. Los



combatientes se quitaron la camisa, á pesar de la lluvia; y, á no haber sido por la gravedad de las circunstancias, cualquiera se hubiese echado á reir, al ver frente á frente aquel hombrecillo regordete y blanco, en camiseta de franela de rayas azules, poniéndose en guardia correctísimamente como en una sala de armas, y á Rochefort, larguirucho, seco, amarillo, amojamado y tan lleno de huesos, que era cosa de dudar si en todo su cuerpo habría sitio donde clavarle la espada.

Desgraciadamente había olvidado durante la noche todas las lecciones del sargento mayor; cogía la espada como si fuese un cirio, y atacaba como un toro, quedándose siempre descubierto. Al primer asalto recibió una estocada, que resbaló por la cadera. ¡La espada le había tocado, pero muy poco! Aquel fué su primer lance.

No asombraré á nadie si digo que ya en aquella época Rochefort tenía ingenio; pero era una especie de ingenio hacia adentro, de esencia particular, que consistía, sobre todo, en palabras cor-

tantes, largo tiempo rumiadas, en asociaciones de ideas asombrosas por lo imprevistas, en burlas monumentales, en bromas frías y feroces, en fin, que dejaba escapar por entre sus dientes siempre apretados, con la voz de Cham y con la silenciosa sonrisa de Bas-de-Cuir. Desgraciadamente aquel talento permanecía helado y era inútil. Todo aquello era bueno para dicho entre cuatro amigos y reir un poco; pero escribirlo, imprimirlo, emprender á través de la literatura tan atrevidas cabriolas, era cosa que parecía imposible de hacer. Rochefort no se conocía; como sucede siempre, una casualidad, un accidente imprevisto vino á que se revelara á sí mismo. Tenía por amigo, por compañero inseparable, un fantoche bastante singular, cuyo nombre provocará de seguro la sonrisa en aquellas personas de mi edad que recuerden haberlo conocido. Le llamaban León Rossignol. Verdadero tipo de padre septuagenario, puede decirse que había nacido viejo. Largo y amarillo, parecía una lagartija escurriéndose en una cueva; á los dieciocho años tomaba rapé con ver-